

## ROMÁNTICO REENCUENTRO EN CASA POPENOE, 200 AÑOS DESPUÉS...

Por: Martín Fernández-Ordóñez  
Curador de Casa Popenoe-  
Universidad Francisco Marroquín  
Agosto de 2020

Agradecimiento especial: Lic. Pedro Ramírez Sierra

Quienes han visitado Casa Popenoe en Antigua Guatemala, saben que entre las numerosas pinturas que componen su ecléctica colección, existen varios retratos de personajes civiles, oficiales y religiosos que han jugado algún rol especial en la historia de la Antigua Guatemala, o en la casa misma.

Me parece conveniente destacar desde el principio de este texto, que el biólogo estadounidense Wilson Popenoe (Topeka, Kansas, 1892 – Antigua Guatemala, 1975) compró esta magnífica propiedad en estado ruinoso, en 1929, sabiendo que se trataba de una importante construcción. Este aspecto saltaba fácilmente a la vista, a juzgar por las dimensiones de sus numerosos ambientes, la generosa altura de los muros, la amplitud de los corredores y patios, los intrincados detalles arquitectónicos en piedra tallada...

Ubicada sobre la que en tiempos remotos fuera la Calle de la Nobleza, –parte de un barrio de abolengo entre los complejos monacales de San Francisco el Grande y Santo Domingo de Guzmán–, la que llegara a conocerse como “Casa del Capuchino”, a razón del gigante ciprés plantado en el patio principal hacia 1850, era considerada la original “Casa del Oidor”. Durante la época del dominio español, el *oidor* era una figura oficial de gran relevancia, pues fungía como impartidor de justicia, representando al mismísimo rey. En este caso, don Luis de las Infantas y Mendoza fue un personaje muy conocido hacia finales del siglo XVIII y se pensaba que él y su familia fueron quienes habitaron la actual Casa Popenoe. Según relata Louis Adamic en su nostálgico libro *The House in Antigua. A Restoration*, poco después de que Wilson Popenoe y su primera esposa Dorothy Hughes (1899–1932) adquirieran la casa, comisionaron una investigación histórica para obtener toda la documentación posible que explicara el origen e historia de la ilustre propiedad.



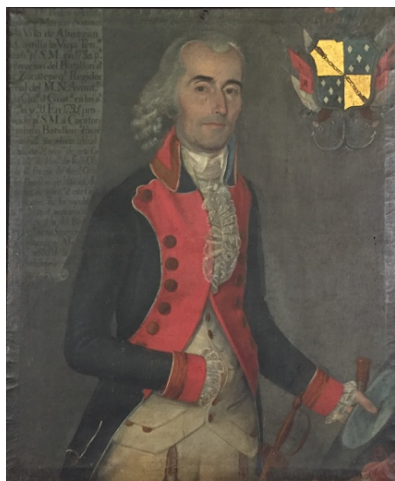
Escudo heráldico de Luis de las Infantas y Mendoza, dibujado por Dorothy Popenoe y colgado en una de las habitaciones de Casa Popenoe

Semejante categoría para la mansión que adquirieron, sirvió de marco para que los Popenoe construyeran poco a poco, a lo largo de varias décadas, una colección de pinturas originales del periodo hispanoguatemalteco y otras réplicas encargadas al maestro guatemalteco Humberto Garavito (1897 –1970), de las personas que habitaron, en distintos periodos de su historia, la que ellos consideraron en su momento la famosa “Casa del Oidor”. La lista de habitantes no es muy larga, pues la propiedad tuvo que ser abandonada después del terrible terremoto de 1773, pero sí incluye a importantes personajes de la historia antigüeña, además de algunas historias trágicas y de matiz novelesco. Sin embargo, hace algunos años, el historiador guatemalteco y genealogista Juan José Falla Sánchez llevó a cabo un fascinante descubrimiento: encontró toda la documentación de una propiedad señorial construida entre 1762-73 sobre la Calle de la Nobleza, por un tal Andrés Guerra, español, escribano real y Venancia López Marchán de la Rosa, mexicana, sobre dos lotes paralelos de esquina, en el mismísimo sitio donde se encuentra Casa Popenoe (1ª Avenida y 5ª Calle Oriente).

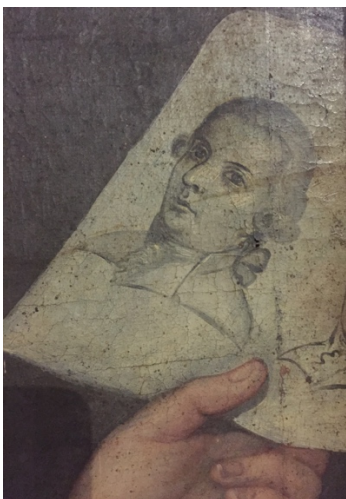
Como bien podrá imaginarse el lector, este descubrimiento puso en tela de juicio una tradición oral centenaria, historia repetida de generación en generación, pero la documentación recabada por Falla ofrecía pruebas bastante convincentes. De modo que, sin poderse todavía ubicar el lugar exacto donde se situó la verdadera Casa del Oidor –pues se sabe que efectivamente estuvo en esta misma avenida–, según el mencionado historiador, Casa Popenoe fue la residencia original de la familia Guerra-López Marchán, más no la del rimbombante Luis de las Infantas. Esto muy a pesar de su evidente lujo y magnitud.

La hipótesis de Falla es la que la Universidad Francisco Marroquín, propietaria de Casa Popenoe, ha adoptado como la más aceptada y, por lo tanto, hace algunos años cambió también la narrativa de sus visitas guiadas. Sirva toda esta explicación para entender el porqué de la presencia en la casa de los retratos de ciertos personajes que en realidad –según Falla–, nada tienen que ver con la casa de la familia Guerra-López Marchán, mas sí con la de Luis de las Infantas o simplemente con la historia de la Antigua Guatemala de finales del siglo XVIII. Este es el caso de algunos retratos de personas civiles, como el de doña Rafaela de Labayrú Pineda y

Azagra (1769 – 1802) y el de don Pedro de Ariza Rubio y Merino (1754 – 1814), ambas pinturas atribuidas por el historiador del arte guatemalteco Gustavo Ávalos Austria al maestro Juan José Rosales (1751-1816), retratista oficial de la clase alta guatemalteca hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX.



Resulta curioso que el retrato de doña Rafaela, ubicado desde tiempos inmemorables al flanco izquierdo del gran retrato de cuerpo entero del general Lorenzo de Montúfar, es uno de los que más llama la atención de los visitantes pues, durante el recorrido anterior, se les explicaba que la dama lleva en su mano izquierda (la más cercana al corazón según la iconografía tradicional) el dibujo de un retrato masculino, posiblemente el de algún rico prometido guatemalteco, siendo ella española. O al menos esta era la versión que se repetía.



Detalle del dibujo del prometido de la dama, el cual ella sostiene con su mano izquierda

En el muro opuesto al retrato de doña Rafaela, se encuentran otras pinturas que llaman menos la atención de los visitantes, siendo uno de ellos el de un caballero ataviado con traje militar a la francesa, el del mencionado don Pedro. Pues resulta que hace algunos meses, mientras llevaba a cabo una limpieza superficial del retrato –una de las tareas de conservación preventiva que practico en Casa Popenoe como curador–, me llamó la atención el intrincado y elaborado escudo

heráldico del personaje, ubicado en la esquina superior izquierda del lienzo. De modo que decidí mandarle una fotografía a Pedro Ramírez Sierra, amigo mío y académico de número de la Academia de Estudios Genealógicos y Heráldicos de Guatemala, para saber si quizás él podría conseguirme alguna información interesante sobre la familia y así comprender mejor la pieza. ¡Cuál sería mi sorpresa!, cuando Pedro compartió conmigo el fragmento del artículo "Familia Ariza o Arizaga", escrito por Edgar Juan Aparicio y Aparicio, publicado en el número 8 de la Revista de la Academia Guatemalteca de Estudios Genealógicos, Heráldicos e Históricos. Guatemala 1983. Lo transcribo literalmente:

*“Quien llegó a Guatemala y cuyo retrato se encuentra en casa Popenoe fue don Pedro de Ariza Rubio Vallejo y Merino, nacido en 1754 en la Villa de Almazán, Provincia de Soria y Obispado de Sigüenza. Fue hijo de don Alejo de Ariza y Vallejo y de doña Josefa de Rubio Merino y Lumbreras. Emigró a Guatemala en donde murió en la ciudad de Guatemala el 25 de enero de 1814 y fue sepultado en la Iglesia de Santo Domingo. Fue "Teniente nombrado por S.M. en 1780, para la creación del Batallón de los Sacatepéquez. Regidor Bienal del M.N. Ayuntamiento de la Ciudad de Guatemala en 1790 y 91. En 1795 promovido por S.M. a Capitán del mismo Batallón. En 1802 fue electo Alcalde de 2o voto de esta Capital. El 1o de Enero de 1803 obtuvo la Real Patente de Teniente Coronel del Batallón de Milicias Disciplinadas de Infantería de esta Capital. Uno de los vocales de la Real Junta de Vestuarios de este Reino y de la del Real Tribunal y Junta Superior del Almirantazgo y Alcalde Mayor interino de la Provincia de Suchitepéquez". (Dice: los datos biográficos anteriores, se encuentran en el retrato de Don Pedro de Ariza, que con el de su esposa Doña Rafaela de Labayrú, fueron pintados por Juan José Rosales, y se conservan en el "Museo Popenoe" de Antigua Guatemala.*

*Contrajo matrimonio en la parroquia de El Sagrario de la Catedral Metropolitana de Guatemala el 15 de mayo de 1787 con doña Rafaela de Labayrú Pineda y Azagra, quien vino al mundo en la Villa de Mansilla, Reino de Navarra, el 24 de octubre de 1769 y quien falleció en la ciudad de Guatemala de la Asunción el 8 de noviembre de 1802 y fue sepultada también en el templo de Santo Domingo. Doña Rafaela fue hija de don Juan de Labayrú y Azagra, natural de Barcelona, quien fue Teniente Coronel de Infantería de los Reales Ejércitos y Comandante del Real Cuerpo de Artillería y quien pasó a Guatemala y falleció el 10 de mayo de 1790, habiendo sido sepultado en la Iglesia de la Escuela de Cristo. Vino a Guatemala casado con doña Josefa de Pineda y Tortosa, nacida en la Coruña, quien testó en Guatemala ante el escribano Antonio Díaz González el 14 de diciembre de 1802. Fue hija a su vez de don Nicolás de Pineda, Capitán de Infantería del Regimiento de Lisboa y de doña María Tortosa.*

*El matrimonio Ariza y Labayrú tuvo 6 hijos, con sucesión en las familias Ariza y Salazar, del Campo y Ariza, Matheu y Ariza y otras”.*

¡Don Pedro es entonces quien aparece retratado en el dibujo que doña Rafaela lleva en su mano!

De lo anterior entonces, pudimos deducir que la razón por la cual ambos retratos se encuentran en Casa Popenoe, es porque Wilson probablemente los adquirió juntos, sabiendo que eran esposos. Aunque es casi seguro que ellos no habitaron esta casa, como es el caso de otros personajes retratados en los cuadros de Rosales, coleccionados por Popenoe. Es probable que la pérdida del dato de la relación entre los retratos de doña Rafaela y don Pedro se perdiera con el paso de los años, por encontrarse en paredes diferentes, debido quizás a los distintos movimientos que se les dieron a los cuadros y muebles de la casa durante su larga historia, pues

estuvo habitada por miembros de la familia Popenoe hasta muy recientemente, en 2007. El punto es que los retratos en cuestión quedaron, al menos en la narrativa oficial de la casa, completamente desconectados el uno del otro, colocados en la misma habitación, pero en paredes opuestas, durante quien sabe cuanto tiempo.

Sin embargo, ahora, gracias a este “redescubrimiento”, lo más interesante para quienes ofrecemos las visitas guiadas, es saber que el hombre que aparece retratado en el dibujo a carboncillo que sostiene doña Rafaela en su mano izquierda, no es más un supuesto desconocido caballero guatemalteco de la clase alta, sino precisamente don Pedro, cuyo retrato a todo color ha sido colocado, como corresponde, en la misma pared. Con este pequeño ajuste museográfico se ha cerrado una pequeña gaveta de misterio y abierto una nueva historia de amor, como muchas de las que abundan en este maravilloso lugar que no deja de sorprendernos.

–FIN–